

Cine chileno en el exilio

En la primavera de 1973, se produce el golpe militar contra el gobierno de Allende encabezado por el general Pinochet (ministro de guerra del presidente constitucional, lo cual demuestra el curioso sentido del honor que suelen profesar los espadones latinoamericanos) y la represión es feroz, rápida y mediata. Los desaparecidos, asesinados o torturados son numerosos y se inaugura un período de terror calculado para aplastar toda oposición.

Obviamente, la persecución de intelectuales y artistas —objetivo preferido de toda dictadura fascista— se ejerció minuciosamente. Muchos artistas, escritores, actores y cineastas tuvieron que exiliarse, para salvar la vida. Otros menos afortunados, como el cantante Víctor Jara, fueron salvajemente asesinados. Se producía así, por muerte, prisión, ausencia o silenciamiento, un auténtico «apagón cultural». Luego, en países cercanos (Argentina fue el primero, pero durante pocos años, debido al advenimiento de una dictadura similarmente siniestra) o lejanos, como Canadá, Suecia, Francia, Alemania o España, nació una auténtica cultura chilena en el exilio.

Esta notable actividad cultural, que superaba las contingencias del desarraigo y la economía, se manifestó en todos los campos, desde las novelas de José Donoso escritas en España o la obra literaria (y también cinematográfica) de Antonio Skármeta en Alemania Federal; poetas y pintores, actores de teatro y cine, músicos relevantes, tanto clásicos como folclóricos, también trabajaron en distintos países, sin perder de vista los lazos con su patria. Pero fueron los conjuntos musicales (entre ellos *Quilapayún*, que ya estaba fuera del país y no pudo volver) y el cine, por su propia índole, los que tuvieron mayor difusión.

El caso del cine es incluso sorprendente, porque el número de films realizados en el exilio fue mayor que en cualquier otro período del medio en su propio país. Y por supuesto mucho más numeroso que el realizado en los años de dictadura, cuando casi cesó la actividad.

Entre 1973 y 1983 los cineastas chilenos hicieron un total de 178 films, con una progresión notable: uno en el primer año de exilio, seis al año siguiente, quince en 1975, hasta llegar a una cifra de veinte o más en los posteriores a 1978¹. Naturalmente, en los años más recientes el número de estos films del exilio ha disminuido, al mismo tiempo que renacía paulatinamente la producción en Chile; a veces con difi-

¹ Citados por Jacqueline Mouesca en su libro *Plano secuencia de la memoria de Chile*. A su vez, la autora se remite a diversas filmografías publicadas a partir de 1980, especialmente a la preparada por Zuzana Pick en el número dedicado al cine por Literatura chilena, creación y crítica, que abarca la década citada.



El circo pobre (Le petit chapiteau), de Joris Ivens

cultades, como en el caso de *Imagen latente* (1987) de Pablo Perelman, prohibida por la dictadura el año pasado.

En el momento del golpe de Estado, el cine chileno estaba en pleno proceso de crecimiento. Era un cine joven, cuyas primeras actividades habían surgido al calor de los aficionados congregados en torno al Cine Club de Viña del Mar, fundado por el doctor Aldo Francia, también creador del Festival de Cine de la misma ciudad balnearia. Fue un ámbito catalizador, que al principio nucleaba sobre todo las filmaciones en 8 mm. y más tarde fue escuela y difusor de este nuevo cine, que también recogía los trabajos de los centros universitarios donde se empezaba a hacer un cine diferente a la vieja (y casi inexistente) industria filmica del país.

En el Festival de Viña de 1969 (cuya edición de 1967 fue considerada como arranque del nuevo cine latinoamericano) se estrenaron las primeras películas chilenas que señalaban su ingreso en el movimiento: *Tres tristes tigres* y *El Chacal de Nahueltoro* de Miguel Littin.

Hay que recordar que en el festival de 1967 —junto a cineastas brasileños, como Glauber Rocha, portavoz del *cinema novo* o cubanos, como Julio García Espinoza, que proclama su tesis del «cine imperfecto» o Fernando Solanas y Octavio Getino, argentinos, que a través de *La hora de los hornos* lanzan luego su propuesta del tercer cine— se hallaba la mayoría de los jóvenes que se iniciaban en este medio. Y otros menos jóvenes, como Aldo Francia, alma de este festival, que con el tiempo adquiriría un aura mítica: el inicio de una conciencia continental del cine como arte y como arma.

De modo que en ese punto de encuentro que fue Viña del Mar, se hallaron Raúl Ruiz y Miguel Littin, ya citados, que aún no habían hecho sus primeros largometrajes.

También se encontraban Patricio Guzmán, Helvio Soto, Pedro Chaskel, José Román, Jorge Di Lauro, Héctor Ríos, Douglas Hübner, Álvaro Ramírez... la mayoría de los chilenos que se empezaban a dedicar al cine y tenían un cortometraje o dos en su haber, casi todos documentales. En 1969, en el encuentro siguiente, se estrenan, entre otros, *El chacal de Nahueltoro* (Littin), *Tres tristes tigres* (Raúl Ruiz), y *Valparaíso, mi amor* (Aldo Francia). Allí nació el nuevo cine chileno.

Cuatro años después, cuando éste era ya una realidad con futuro, casi todos ellos debían partir al exilio. Para los demás, se iniciaba el silencio. Esta breve recapitulación de antecedentes, sirve para iluminar el camino que siguió el cine chileno en ese largo exilio.

Después del silencio

El repudio universal al golpe militar chileno, provocó asimismo un movimiento de solidaridad con sus víctimas, lo cual facilitó que los exiliados —en este caso los cineastas— pudieran reanudar su tarea en diversos países. Trataremos en primer lugar a los más conocidos y de labor más conspicua: Raúl Ruiz, Miguel Littin y Patricio Guzmán.

Raúl Ruiz (Puerto Montt, 1941), que a los quince años se propuso escribir cien obras de teatro (y las hizo; algunas son de pocas páginas, pero otras tienen más de cien. Concluyó su apuesta en 1962) se acercó al cine como espectador, hasta que comienza *La maleta*. Este film, basado en una de sus piezas teatrales, quedó inconcluso, como los siguientes, *El regreso* y *El tango del viudo*. En esa época, cuando lo conocimos, tenía fama de no terminar nada de lo que emprendía. Ambos proyectamos entonces hacer otro film, para lo cual visitamos Chile Films, entonces dirigido por Patricio Kaulen. La idea (compartida) era intentar una coproducción con Argentina. Uno de los temas barajados era un completo relato inspirado en las continuas transformaciones fantasmales en animales por parte de ciertos brujos de Chiloé, su isla natal.

Lo mismo que otro guión, basado en un cuento suyo, quedaría inédito ante el temor que estas historias insólitas despertaron en los diversos productores que los leyeron. En 1968, Ruiz rompe esa fama suya de proyectos inconclusos con *Tres tristes tigres*, para lo cual funda una productora propia, que bautiza «Los Capitanes» en homenaje a su padre y sus colegas, capitanes especializados en la difícil tarea de conducir barcos en los canales intrincados del sur de Chile. Ellos aportaron el dinero necesario.

Aunque no tuvo mucho éxito de público, *Tres tristes tigres* obtuvo la atención internacional y ganó, ex aequo, el Gran Premio en el Festival de Locarno, Suiza, en 1969. En su periplo europeo —donde recibió tantos elogios como discusiones, ante la dificultad en aprehender su verdadero sentido— terminó adquiriendo un aura mítica (a medida que otras obras confirmaban la imposibilidad de encuadrar a Raúl Ruiz en esquemas conocidos) agravada por otras circunstancias: su autor nos relató hace tiempo que no tiene acceso a su negativo. Este pasó a manos de un productor italiano cuya quiebra impedía utilizar sus fondos cinematográficos.